

las cuales compraba á una florista del boulevard.

Siempre había flores frescas en aquella querida tumba.

Ante ella, y de rodillas, oraba todas las mañanas largo rato. Había renunciado á los rezos ordinarios. Del *Padre nuestro*, las palabras: «Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores», se le resistía pronunciarlas.

—No, no; yo no quiero engañar á Dios. Yo no perdonaré á los que han asesinado á mi querida mamá.

Y le dirigía unas súplicas tan tiernas, tan cariñosas, tan llenas de amor, que seguramente debían ser escuchadas en el cielo.

FIN DEL PRÓLOGO.

PRIMERA PARTE.

La pista del crimen.

I.

De algunos años acá es Royat, sin disputa, una de las poblaciones cuyas aguas medicinales recomiendan con mayor frecuencia los doctores, como las más agradables á los enfermos, y la residencia más favorita de turistas, pacientes, hombres corredores y mujeres corretonas. Muchas razones abonan tales preferencias: situada en uno de los puntos más céntricos de Francia, con abundantes medios de comunicación para los provincianos y parisienses, que llegan en ocho ó nueve horas en los trenes expresos; país encantador, pintoresco en cuanto permiten los accidentes del terreno, tiene torrentes y montañas como los Pirineos; valles y lagos como Sufza; bosques, selvas, grutas, curiosos monumentos y ruínas de la histórica Auvernia.

En tanto que dura la temporada balnearia, el paseo es cotidiano en el delicioso Parque, en donde hay estanques, fuentes, baños y un casino respirando siempre alegría. Si las distracciones y el ruido molestan, pueden buscarse lugares amenos y silenciosos, que los hay á corta distancia, y hacer preciosas excursiones á los manantiales de Fontanas, La Pepinière, ó á la garganta de Vaucluse. Si, por el contrario, los médicos opinan que debe suspenderse el tratamiento, ó que el paciente debe reposar algunos días, como si se tratara de viajeros perfectamente sanos que van sólo á pasar el verano en Royat, como pudieran pasarlo en un puerto de mar, pueden las expediciones ser más largas, y llegar hasta el castillo de Pontgibeaud, soberbia ruína del siglo XIII, á Puy-de-Dôme, al templo de Mercurio, á Volvic, al castillo de Tournel, al lago de Aydat, y andando otro poco, á Mont-Doré ó Thiers, un verdadero pueblo de la Edad Media.

Sin embargo, todos esos atractivos y ventajas no bastarían para que la estación termal de Royat tuviera reputación tan notoria, si la virtud de las aguas no estuviera tan acreditada. No curan todas las enfermedades, como quisieran hacer creer algunos de sus fanáticos partidarios; pero contribuyen poderosamente, sin peligros ni dificultades, á la curación de muchas y muy di-

versas enfermedades, tales como la neurosis, la anemia, la dispepsia, la laringitis, el reumatismo, la gota, el asma y la bronquitis.

Antes, para combatir esas diversas enfermedades que en ocasiones se padecen simultáneamente, derivadas las unas de las otras, el enfermo tenía que correr de Vichy á Aix, de Aix á Cauterets ó á Luchón, de Luchón á la Bourboule ó á Lamalou; actualmente, sin salir de Royat puede seguir un tratamiento que obre á la vez sobre todas las enfermedades que padezca, ó sobre una sola cuando no le aqueje mayor desgracia.

Una vez pagada esta deuda de reconocimiento al noble y hermoso pueblo de Royat, como viajero, como turista, y algo también como curado enfermo de otros tiempos, volvamos á nuestro relato.

Si no se hubiera abusado tanto del título *Veinte años después*, y no fuera el que llevan una novela y un drama célebres, diríamos que han pasado veinte años desde los acontecimientos relatados en el prólogo de esta historia. Nos limitaremos, pues, á indicar que el tiempo ha caminado de tal suerte, que la jovencita que vimos en el primer capítulo del libro bajar por la escalera del teatro de la Ópera del brazo de su padre, se ha casado, ha muerto, ha dejado una hija, y revive en ella, por decirlo así, con exacto

parecido en edad, belleza y encantadora figura. El cuadro es lo que ha cambiado, porque no es en París, de noche, y á la puerta de un teatro, como se apareció la madre, como conocemos á la hija.

Alta, esbelta, rubia, con un rubio hermoso, con facciones de irreprochable dibujo y magníficos ojos azules, sombreados por negras pestañas, la vemos á la luz del día bajo el cielo que el sol poniente tiñe de púrpura: está sentada en el jardín de una *villa* situado en la explanada de Saint-Mart, en la mitad del camino de Royat-les-Bains y Royat la Vieja.

Á la vista de su padre, que trabaja en el salón de la *villa* que da al jardín, habla con un muchacho de veinticinco á veintiocho años, alto, bien parecido, pero algo adusto de semblante y grave en el aspecto y ademanes. No es un hombre primorosamente vestido, sino un verdadero elegante; su cabeza es hermosa, y su fisonomía, aunque de expresión melancólica, es extraordinariamente simpática; tiene los ojos negros, hermosos y serenos; sus labios carmíneos sonríen de un modo lánguido, y al levantar el negro bigote dejan ver una dentadura blanquísima.

—¡Qué hermosa puesta de sol!—dice ella de pronto, fijando su vista en el horizonte.

—El mismo día y el mismo cielo que cuando llegué hace tres meses, el 12 de Junio.

—Tres meses, ¡vos que veníais sólo de paso!—dijo ella, sonriendo ligeramente.

—Sí, para estrechar la mano de un antiguo amigo en curación en Royat....; os encontramos con vuestro padre allá abajo en la garganta de Vaucluse: mi amigo os conocía; se sirvió presentarme, y.... en lugar de proseguir mi viaje por la Auvernia, me quedé en este pueblo.

—¡Qué! ¿Os pesa tan larga permanencia aquí?—preguntó la joven, siempre sonriendo.

—No, por Dios (repuso él, contemplándola con arrobamiento); aquí he pasado la época más dichosa de mi vida, olvidando junto á vos todas las tristezas, todo el aislamiento y los pesares de mi infancia y de mi juventud; comenzando verdaderamente á vivir al comprender el verdadero sentido de la palabra felicidad.

—Habéis dicho (replicó ella, después de algunos momentos de silencio) las tristezas y la soledad de la infancia; pues qué, ¿no teníais una madre que os amara?

—¡Oh! (contestó él sombríamente) ¡murió tan pronto!....

—¡Como la mía!

—Pero vos tenéis padre, que habrá sabido no haceros tan sensible su falta.

—Cierto es que no tengo que lamentar tanto infortunio como vos. Mi buen padre me ha educado por sí, y me ha colmado de mimos y cari-

cias, tal como hubiera podido hacerlo mi madre. Ha vencido hasta las inclinaciones de su carácter por no entristecerme. Porque vive triste, preocupado, sombrío, sumergido en amargas meditaciones, y, sin embargo, su mirada se anima, su rostro se llena de placer cuando me ve; yo también le adoro, y si no fuera por ciertas promesas que me habéis hecho, no hubiese consentido en compartir con vos el amor que á él solo le pertenece, para no separarme nunca de su lado.

—Promesas que me complazco en renovaros. Vuestro padre no se separará de nosotros, y trataremos entre ambos de hacerle tan feliz como él ha sabido hacerlos.

—Gracias; habladle. Ahora ha dejado de trabajar.

—Espera que.... ¿lo sabe, no es verdad?

—¡Ya lo creo! Lo sabe hace tiempo. Pues qué, ¿pudiera yo tener secretos para mi padre, ni vos aconsejarme que los tuviera?

—No.

—Le he contado nuestra conversación de todos los días, mis impresiones de cada momento, y ha ido viendo cómo se desarrollaba poco á poco vuestro amor por mí, y (añadió bajando la voz) el mío por vos.

—¿Creéis que pueda tener algún inconveniente, ofrecer alguna oposición?....

—Si algo tuviera que oponer, ¿hubiera tolerado vuestras visitas, vuestros paseos y las expediciones que con nosotros ha hecho?

—Es cierto; entonces, ¿queréis que?...

—Sí (replicó ella riendo). La hora fatal ha sonado.

Y dirigiéndose á su padre, que en aquel momento se acercaba á ellos, le abrazó, y le dijo:

—El señor Paul Girard quiere hablarte. Os dejo, pues.

El señor de Beuvret volvió hacia el salón, y ofreciendo asiento al joven, que no se atrevía á hablar, le dijo con cierta brusquedad:

—Venís, amigo mío, á pedirme la mano de mi hija: lo sé, y tengo por hecha la petición. Como esta ingenuidad, tendré la de decirlos que la idea de casarla me aterra, casi desde el mismo momento en que nació, de un modo tal como no podéis imaginaros.... Un recuerdo terrible, cruel, me ha torturado ha largo tiempo, y me tortura aún; y cosa es esta que contribuye por gran modo á que mi naturaleza se debilite y á que me sienta prematuramente viejo.... Es posible que muera, ya porque la vida me deje, bien porque yo la abandone; en uno ú otro caso, me complace la idea de que mi hija cuente con una amistad imperecedera, con un verdadero apoyo después de mi muerte.

Hizo una breve pausa, y, pasándose la mano por la frente, prosiguió con voz algo temblorosa:

—En principio, pues, el matrimonio me agrada; ahora, lo que se trata de saber, es si me agrada también el marido. Este marido, ó, mejor dicho, el futuro, sois vos. Os conozco en dos conceptos, por las buenas referencias que de vos tengo y por mi propia observación. Cuando me fuisteis presentado, me dijeron de vos que erais el muchacho más honrado y simpático del mundo; que vuestra juventud estaba limpia de toda mancha, y que podía admitiros en el seno de mi amistad más íntima sin recelo de ninguna especie. Más tarde, cuando le hice observar al mismo sujeto que me parecía que mi hija no os era indiferente, ni vos lo erais para ella, me contestó: —«Tanto mejor para todos, porque es el mejor matrimonio que puede formarse». Nada más se me ha dicho; ningún otro detalle se me ha dado; digo, sí: el de que vuestro capital era modesto, pero suficiente para vivir con independencia.

Paul Girard se inclinó, pero sin despegar los labios.

El señor Beuvret prosiguió:

—Falta ahora mi opinión personal acerca de vos; á mí el trabajo, el aislamiento y los pesares me han hecho fuerte y sereno en el juicio.... Mi opinión es esta: sois inteligente y bueno sin llegar á la debilidad; sois hombre de conviccio-

nes bien formadas, y de las que no habéis de volveros atrás; amáis el estudio, y esto ha de aproximarnos más, haciéndome esperar que podremos vivir juntos sin que mi presencia os mortifique, y morir tarde ó temprano en vuestros brazos y en los de mi hija.

—¡Oh, sí, señor! La he prometido algo acerca de eso.

—Nada hubiera supuesto esa promesa, á no haberos conocido yo tan bien. No creo en los juramentos ni en las personas que los hacen. Sin embargo (continuó con una voz apremiante y un tanto febril), abordemos una cuestión delicada.... Yo he amado apasionadamente á la madre de la que queréis hacer vuestra esposa: la amé hasta la locura, hasta el....

Se detuvo bruscamente, y pasándose la mano por los ojos, continuó:

—Yo era pobre y estaba arruinado, y su padre quería por yerno un capitalista. ¿Qué hacer en tal caso? Ya os he dicho que estaba perdidamente enamorado; si yo no me casaba con ella, ella se casaría con otro: ¡era terrible este pensamiento!.... Pues bien: me hice pasar por rico, me procuré la suma apetecida, exigida casi; fui con ella á casa del notario para que pudiera constar que la aportaba al matrimonio; pero más tarde, una vez casado, he tenido que restituir lo que no me pertenecía, y mi hija no posee nada.

Vivimos de mi trabajo. Es deber mío, caballero, haceros esta confesión. ¿Qué opináis de ella?

—Pienso, caballero, que no puede alterar en nada mis propósitos, ni amenguar el gran deseo que tengo de poderme llamar vuestro hijo. Si vos no os habéis ocupado nunca en averiguar mi posición, yo tampoco me he ocupado jamás en averiguar cuál era la vuestra. Se me ha dicho, sin preguntarlo yo, que vuestra hija no carecía por completo de medios de fortuna; vos me aseguráis que nada posee; no habíais de impedirnos que lo dijérais; pero dignaos creer, caballero, que las noticias de esta especie no me inspiran ningún interés.

—Perfectamente. Veo con placer que no estaba equivocado en el juicio que había formado de vos. Sin embargo, deseo, sin ofenderos, saber una cosa, que dispensaréis, no al amigo, sino al padre, que la pregunte. ¿No os inspira ninguna inquietud el porvenir? Tenéis con qué vivir y medios con que sostener decorosamente una esposa.... El amor noble, el amor digno, no exige sacrificios costosos; pero más tarde.... La familia, los hijos.... ¿Seréis capaz de sostener vuestras necesidades con el fruto de vuestro trabajo?

—Si preciso fuera, no hay duda alguna; pero nunca tendré que recurrir á tal extremo.

—¿Cómo así?

—Porque, como decíais hace un momento, las

noticias que de mí tenéis son incompletas. Mi buen amigo se marchó casi en el momento de presentarme, y no hay aquí nadie que conozca mi verdadera personalidad. Á la confianza que habéis depositado en mí, caballero, á propósito de vuestra fortuna, me permitiréis que corresponda con otra confianza. Perdonadme que la haga, y creed que os lo confieso con temor.... Yo soy rico, pero exageradamente rico....: tengo más de veinte millones de renta.

—¿Vos?

—Sí, yo; y no os admirará así que conozcáis mi nombre.

—Pues qué, ¿no os llamáis Girard?

—Ese es el apellido de mi madre, que uso frecuentemente, cosa que comprenderéis, sirviéndos dispensarme por haberos engañado. Me llamo Armando Le Forestier.

—¡Vos!! ¡Vos!!

Las piernas le temblaron, y pálido, desfallecido, hizo ademán para levantarse de la butaca, y se volvió á dejar caer en ella.

II.

En la sombra, que poco á poco invadía el salón, puesto ya el sol, Armando Le Forestier no

podía darse cuenta de la emoción que su nombre había producido en el señor de Beuvret. Sólo creyó advertir un gesto de sorpresa, que era muy natural en un padre que oye pedir la mano de su hija, que vive en modesta posición, á uno de los hombres que tienen, por su fortuna, universal reputación de potentado.

Como si debiera avergonzarse de haber producido tal sorpresa y de haber descargado la noticia como un escopetazo, se apresuró el joven á disculparse, no precisamente de ser rico, que esto no podía evitarlo, sino de no haber dicho antes que lo era.

—Os ruego perdonéis (dijo) que os haya ocultado este secreto durante tanto tiempo, y que durante él haya consentido en hacer uso de un nombre que rigurosamente no es mío; pudiera decirlo que lo he hecho, y esto no es ofensivo, que he obrado así por temor de no ser tan bien recibido y acogido con menos intimidad. Vivís una vida modesta, retirada, y acaso la notoriedad de mi fortuna excepcional no hubiera sido de vuestro agrado. Muchos hombres desean el trato de los ricos, y otros lo rehuyen: sois de los últimos, y esto os explicaré mi temor.... Pudiera añadir que las riquezas dan un tanto de escepticismo, que hacen dudar del amor y las simpatías, y suponer á las gentes con miras interesadas.... Esto obliga á apetecer ser pobre, insignificante, para

ser amado por la valía personal. Yo no he hecho estos cálculos; no he tratado de ponerme á prueba ni de ponerlos; la razón que he tenido para conducirme así es más grave, más seria: os la explicaré después de recordaros que el apellido Le Forestier, no es sólo la enunciación de un gran capital, sino asimismo la de un gran crimen, crimen espantoso.

El señor de Beuvret escuchaba pálido, tembloroso, en silencio, y cada vez más invisible, á medida que la noche acababa de cerrar.

—Crimen (continuó Armando Le Forestier) que nunca podré olvidar. Cometiéndose en la persona de mi madre, ¡y ante mí!.... Sí, fui testigo del horroroso drama, á una edad en que los recuerdos se graban en la imaginación para no borrarse jamás. Los míos son tan vivos, tan indelebles, como hace veinte años. Oigo y veo lo ocurrido como si pasara ahora. Me desperté.... «¡Socorro! ¡Socorro! ¡Armando, Armando!», gritaba mi madre. Salté del lecho, corrí á su cuarto.... Había dos hombres, uno junto á la cama, y el otro más lejos. Lleno de espanto fui á retroceder; pero mi madre volvió á gritar, y entonces llegué hasta el lecho de mi madre.... Uno de los criminales me rechazó brutalmente....; quiso matarme. El otro me sacó de entre sus brazos, y me llevó á un gabinete contiguo, donde me encerró.... Después...., nada; silencio, mucho

silencio, que sólo interrumpían los golpes que yo daba en la puerta.... ¡Cuando me abrieron y salí del encierro, una hora después, mi madre había muerto, víctima de aquellos dos miserables!

—De uno, del otro....—se le escapó decir al señor de Beuvret con sorda voz.

Armando no se dió cuenta de lo que decía, dominado como se hallaba por sus dolorosos recuerdos, que le emocionaban sobre toda ponderación. El señor de Beuvret, sin embargo, procuró explicar el valor de sus palabras.

—Ese crimen me interesó mucho cuando llegó á mi noticia. Recientemente lo he vuelto á leer en una colección de periódicos viejos. Venía vuestra declaración, según la cual dijisteis: «Antonio, el criado, gritaba al otro, al de los ojos: ¡No la mates! ¡No la mates! ¡No quiero; me habíais prometido no lastimarla!....»

—Sí (dijo Armando); eso dije, y creo que mi madre no murió á sus manos; pero, á no ser por él, por su ayuda, su complicidad, el crimen no hubiera podido cometerse. ¿No introdujo al criminal en la habitación de mi madre? ¿No robó? Restituyó más tarde lo robado; ¿pero qué?.... Ninguna necesidad tenía yo de aquella suma, de aquel dinero manchado de sangre. Porque habéis de saber que un día recibí misteriosamente seiscientos mil francos, su parte en el botín, el

precio de su infamia. Á los billetes acompañaba una carta, que decía: «No puedo conservar más tiempo en mi poder un dinero que quema mis manos y consume mi existencia. Os lo devuelvo». ¡Pero no me devolvía mi madre!.... No: ¡qué me importan sus remordimientos, ni que me salvara la vida! ¡Ninguna necesidad tenía yo de vivir no viviendo mi madre!

Y se dejó caer en una butaca con la voz enronquecida y los ojos inundados de lágrimas.

—¡Mi madre! Si supierais cuánto la amaba y qué adoración tenía por mí.... Como no he olvidado el crimen, no he olvidado tampoco los detalles de mi vida de la infancia. Me veo en sus brazos, sobre sus rodillas, junto á su corazón, besándome en el pelo, en la frente, en los ojos, en la boca, y en todas partes.... La oigo decir: «Sé bueno, aplicado, ídolo mío, mi bien. Hazte hombre pronto, porque estoy sola en el mundo, y no tengo hermanos, ni padres, ni esposo, y tú tienes que ser mi apoyo, mi guía, mi compañero, el báculo de mi vejez». ¡Oh! con cuánta alegría hubiera sido yo todo eso! ¡Qué placer para ella verme como anhelaba!.... Pero no, no ha podido ser, porque tres miserables no lo han querido, y todos esos sueños de felicidad que hubieran sido una realidad, se han desvanecido, y sólo resta de ellos la muerte, el luto y el dolor inacabable mezclado con los recuerdos.

Después Armando se puso en pie, y encarándose con el señor de Beuvret, cuya fisonomía iluminaba en aquel momento un postrer resplandor de luz, exclamó:

—¡Pero he jurado encontrar á esos miserables, castigarlos, y vengar á mi madre y vengarme!

III.

Después de esta exclamación, Armando Le Forestier continuó en voz más baja:

—La idea de buscar al asesino de mi madre la acaricio hace muchos años: desde que la razón me lo hizo comprender todo. Esta idea fué tomando cuerpo en mi espíritu, hasta concluir por ocuparlo todo. Mientras estuve en el colegio, siempre estaba pensando en el día que correspondía venir á verme al doctor du Chatel, á ese noble anciano á quien vos conocéis, y que ha tenido la bondad de presentarme á vos el día de mi llegada.... La muerte de mi madre me había dejado solo en el mundo; no me quedaban más que algunos parientes lejanos. El Doctor me llevó con él á su casa, al lado de sus hijos, y su bondad y cariño no han tenido para mí límites. Su hijo y su hija son mis hermanos de corazón, como él

ha sido mi padre. Nadie mejor que él podía ponerme al corriente del crimen. Él fué el primero que entró en la alcoba de mi madre, y dijo al magistrado: «Esta pobre mujer ha sido asesinada, asfixiada». Fué el primero también que me interrogó, y me ha repetido mis palabras diferentes veces.... Todos los detalles respecto á las investigaciones del Jefe de policía y las diligencias del Juez instructor las conozco también por él. «No, no; no quiero hablarte de estas cosas (me decía); eres demasiado niño. Procura olvidar». ¡Olvidar! ¿Acaso soy yo de los que olvidan?... Le suplicaba, insistía, y él acababa siempre por responder á todas mis preguntas.

»Después me procuré los periódicos que se habían ocupado del terrible crimen. Me decía que la casualidad ha hecho que me enterase. Era que yo tenía verdadero empeño en saberlo.... He conseguido que me dejaran ver el proceso incoado, el cual se hallaba desde hacía largo tiempo olvidado en la biblioteca del Palacio de Justicia. He leído todas las declaraciones recogidas, he leído todos los detalles de la instrucción y las providencias del Juez.

»Una vez que todos estos antecedentes me permitieron formar opinión, pedí una audiencia al ministro de Justicia y otra al Procurador de la República, para suplicarles que se abriera de

nuevo la causa y que se trabajara con actividad é interés. Pero ellos, como el público en general, apenas si conservan una idea vaga de este proceso. Eran sus antecesores los que lo habían formado. ¿Para qué volver á abrir una causa, olvidada por completo, cuando les ocupaban tantos otros asuntos de crímenes cuyos autores no habían podido ser habidos? ¡Si yo les pudiera proporcionar algunos nuevos indicios, facilitarles algunos antecedentes de importancia!... Pero yo no sabía nada.... Tuve que conformarme con esas frases de atención, que por lo regular se le dirigen á un hombre que se encuentra en mis circunstancias.... Por lo tanto, me propuse obrar por mi cuenta. Me impuse la obligación de buscar por mí mismo á los culpables; los he buscado por todas partes.... Aquí tenéis la causa de por qué con frecuencia me veo obligado á cambiar de nombre.

»El nombre de Armando Le Forestier, al ser pronunciado en un salón ó en otro punto cualquiera, podía servir de aviso para las personas á quienes me proponía encontrar.»

Guardó unos momentos de silencio, y, llevado de las influencias que ejercían en su espíritu aquellos recuerdos, continuó:

—Los asesinos de mi madre no me puede haber la menor duda que son tres. Este era el parecer del médico y la opinión que, como más fundada,

se desprende de las informaciones del juzgado de instrucción, cuyas informaciones resumen en sí todos los indicios y todos los testimonios. Uno de ellos, el de más edad, parece que fué el que se encargó de todos los preparativos, pero no llegó á tomar parte alguna en la acción. Sus antecedentes son tan incompletos, tan vagos, que he renunciado por completo á ocuparme de él. El segundo, conocido por Antonio Guiraud, rubio, alto..., de vuestro aspecto casi..., lo he visto en casa de mi madre y en su alcoba á la hora del crimen. Pero con el tiempo su fisonomía se me ha ido borrando poco á poco. Tal vez si le veo hoy, no lo conozca.

»En cuanto al otro miserable, el que mató á mi madre, ahogándola entre sus manos, ¡ah!, siempre me parece estarle viendo, y lo veré toda mi vida.... Era alto, como Antonio Guiraud, el criado, más rubio, más pálido; las facciones más irregulares, los labios fruncidos.... Pero todo esto no sería bastante si yo no me acordara.... Recuerdo perfectamente aquella mirada extraña, aquella mirada que yo reconoceré, si algún día llega á cruzarse con la mía. También recuerdo sus manos, largas, delgadas. Tiene una cicatriz en una de ellas. En la que mi madre le mordió en sus últimos momentos de la agonía. Ese hombre, á quien yo he buscado, y seguiré buscando, tarde ó temprano concluirá por caer en

mi poder. Estoy seguro de que lo he de encontrar...., y el día que lo encuentre, encontraré también á sus cómplices....

—¿Y qué haréis el día que los hayáis encontrado? (dijo, sin poder contenerse y con voz turbada el señor de Beuvret.) La fecha del crimen debe remontarse lo menos á veinte años. Vos erais un niño cuando se cometió.... Y ha prescrito.

—¡Qué importa la prescripción! No la acepto.

—La ley la reconoce...., y la justicia no perseguirá á los culpables.

—¡Pues bien! Los perseguirá mi rencor, mi venganza. Los mataré como ellos mataron.

—¿Sin juzgarlos, sin saber si estaban en su razón cuando cometieron el crimen...., si en ese espacio de veinte años han expiado su culpa, si son dignos de perdón?....

—¡Perdonarlos, jamás!

IV.

Aquella noche, por el camino que conduce de Royat á Clermont, un hombre caminaba con paso precipitado.

Era el señor de Beuvret.

Cuando Armando Le Forestier se separó de

él, salió de su hotel, sin responder á su hija, que deseaba saber el resultado de su larga conversación.... ¿Qué debía decirle? No lo sabía.

Caminaba sin descanso, excitado, calenturiento, recordando en tropel todos los accidentes de su vida, á manera de una larga serie de visiones.

Recordó su niñez, su juventud dichosa, laboriosa, honrada.

Fué á París á continuar sus estudios, los terminó, y emprendió otros nuevos. Desconocía el placer, y no vivía más que para el trabajo. Pero encontró una joven, de la cual se enamoró con todo el fuego de un primer amor; como ha dicho él mismo, con todos sus sentidos, toda su inteligencia; pero con un amor casto y puro, en el que no existía la menor sombra de maldad ó engaño.

La joven concluyó por amarle con todo su corazón, con toda su alma.... ¿Se casaría con ella? No le habían concedido su mano. El padre le había dicho: «Vos aseguráis que pertenecéis á una familia rica de provincias, de la cual seréis un día heredero. ¿Cuándo? ¡Después que mi hija haya vivido en la pobreza, en la indigencia muchos años! No puedo consentirlo. Pedid á vuestros parientes que os aseguren para el presente medios para vivir. Si os aman, si os estiman, si piensan realmente en dejaros su fortuna, os da-